

“Extraños idilios”, de Tennessee Williams. Dirección: Arturo Castro. Teatro Margen (1996). (Foto: Paco García).

ASTURIAS

Futuro imperfecto

POR ETELVINO VÁZQUEZ *

«Louis Jouvet hizo un día una afirmación que resuena como un enigma: «Existe una herencia de nosotros a nosotros mismos». De ésta se desprenden algunas preguntas esenciales: «¿poseo aún en mis manos la herencia que yo mismo me he construido? ¿Conozco aún su valor, o también ésto ha sido corroído por el tiempo, por la práctica de la profesión, por el retorno al centro aplastado del planeta teatral?»

EUGENIO BARBA.

Tras trece años de gobierno socialista parece ya inevitable que entremos en un nuevo periodo histórico en España donde quien gobernará será el centro derecha. Y ante este futuro ya inmediato, que uno no puede por menos que pensar imperfecto, las reflexiones y las dudas, también un cierto sentido de culpa, nos conducen directamente al siglo XXI. Los que hacemos teatro en los márgenes, y no sólo en los márgenes geográficos de la península y de la política (no olvidemos que Asturias es una de las escasas autonomías uniprovinciales, es decir, exiguas), sino también en los propios márgenes de la vida teatral, del teatro. Todos aquellos que hacemos teatro sin dejarnos «atraer y aplastar», sabemos que nos esperan años duros, años de doble marginalidad. Asturias va a sufrir sin duda, con este nuevo panorama político, una nueva reconversión en el tema del carbón y de la industria pública que lo sustenta, y ese nuevo desmantelamiento también va a significar un paso más hacia la marginalización regional, sobre todo en el terreno cultural.

Nuestra tradición teatral es cortísima, 25 años máximo, y esta tradición, cimentada en parte en los últimos años del franquismo y en parte en estos veinte años de democracia, ha bebido fundamentalmente de fuentes ajenas a la tradición teatral que podemos llamar «madrileña», que se sustenta, en líneas generales, sobre un teatro burgués de «tresillo» y que ha iluminado casi por completo el teatro de este siglo, tanto en Asturias como en el resto de España. Pero nuestra realidad es otra bien distinta.

«La herencia que cada uno de nosotros puede establecer para sí mismo implica no sólo el reconocimiento

de puntos luminosos de referencia, sino también el rescate de los injustamente olvidados», dice Eugenio Barba. Pacientemente hemos ido construyendo una tradición que ya nada tiene que ver con «Madrid»; un teatro construido sobre modelos «luminosos» y modelos «anónimos»; un teatro que puede tomar cuerpo en cualquier espacio, incluso en la calle; un teatro donde el actor ya no es un simple busto parlante; un teatro donde la manera de contar ya nada tiene que ver con la exposición, nudo y desenlace; un teatro y una puesta en escena donde, por primera vez, aparece en Asturias la figura del director como auténtico coautor del hecho teatral. Ya sabemos que en 25 años solamente se puede juntar un granito de arena y sabemos también que esta primera generación de teatreros asturianos hemos tenido que asumir la ingrata tarea de poner los cimientos de un edificio, de una tradición, que se seguirá construyendo en el futuro y donde será más fácil trabajar en generaciones venideras. Pero «Madrid» y su tradición tan arraigada sigue acechando fuerte, tenaz.

Se han sentado bases sólidas como la creación de una escuela de actores profesionales —con diez años de existencia y ahora a punto de convertirse en superior—, auténtico corazón del hecho teatral. Se ha propiciado el que aparezcan y estrenen nuevos autores. Se han creado, sin duda espectáculos aceptables, pero, pese a todo, seguimos moviéndonos en los márgenes. Incluso la propia naturaleza, inexplicable y caprichosa, se lleva a uno de los pocos granos de esa tradición, el actor Ceferino Cancio del grupo Margen. Pero no importa, tenemos que seguir construyendo tenazmente esa herencia de nosotros a nosotros mismos.

Sabemos, por ejemplo, que en Cataluña hace ya mucho tiempo que se rompió ese cordón umbilical con la tradición «madrileña» y eso les ha permitido cimentar un teatro basado en otras tradiciones, han creado su propia herencia. Y en ese hecho tendría mucho que decir el Instituto del Teatro de Barcelona.

Por eso ahora, ante la presencia imparable de la derecha, a las gentes que hacemos teatro en los márgenes, a todos esos que por seguir con la terminología de Barba formamos el «tercer teatro» español, y somos la mayoría, nos esperan años difíciles y duros. Pero no es la falta de ayudas económicas, el desmantelamiento de los circuitos existentes, o la intronización de las grandes redes de teatro para los mismos

* Director de escena y actor

de siempre, lo que debe preocuparnos, aún siendo importante. Lo que verdaderamente nos ha de preocupar es que esa tradición —pequeña o grande, según los casos y regiones— se rompa definitivamente o se estanque por un periodo tan largo que luego ya no pueda volver a recuperarse. Para los que estamos construyendo una herencia de nosotros a nosotros mismos el que se produzca un hecho de esta magnitud significaría no sólo nuestra muerte, sino la muerte de gran parte del teatro de este país. Porque lo que nos quedaría serían teatros de piedra que se representarían a sí mismos y no a los hombres que los habitan. Y desaparecería el teatro que se identifica con la relación entre un puñado de hombres, un teatro que no es piedra, ni institución ni bandera: un teatro que es vida.

Y así, argumentando los imponderables recortes presupuestarios o la optimización de recursos, la derecha amenaza con cerrar escuelas, con hacer imposible la vida de muchas compañías, con no abrir o facilitar circuitos de exhibición, con anatemizar todo aquello que estética o ideológicamente viva fuera del planeta, todo aquello que viva en sus anillos. Pues no olvidemos que, a semejanza de Saturno, el mundo teatral lo forman el planeta y sus anillos.

El teatro, como uno de los máximos exponentes de la cultura viva de nuestra región, está claro que no ha interesado de forma decisiva en estos últimos trece años, pero nos tememos que interesará aún menos en el futuro que se nos avecina. Y así... esa pequeña tradición, esa búsqueda del sentido, esa construcción del oficio que con tanta dificultad hemos ido edificando en estos últimos 25 años, se transformará nuevamente en tradición «madrileña», en amateurismo (en el peor sentido de la palabra), en falso asturianismo de boina y almadreña, en vuelos cada vez más cortos de todo aliento de creatividad y de búsqueda, para terminar en la consabida afirmación: «Tu teatro ya no tiene sentido.»

«Algunas veces la fuerza que aplasta está constituida de una aparente cordura: "hacer teatro hoy no tiene ya sentido", dicen algunos. Especialmente cuando viven en aquel hotel de lujo mediocre llamado Europa, y mirando a su alrededor, después de años de trabajo, contemplan la indiferencia que los circunda.

Lejos, a menudo más allá del mar, otros parecidos a ellos, pero en contextos profundamente diferentes, se desaniman a veces al confrontar el empeño que se precisa para hacer teatro con la exigua medida de su eficacia en una realidad social dramática que amenaza hundirse en la barbarie.

"El teatro no tiene sentido". ¿Quién osaría afirmar lo contrario?»

EUGENIO BARBA



Arriba: "La Locandiera", de Carlo Goldoni. Dirección: Andrés Presumido. Teatro Casona. Abajo: "Devocionario". Dirección: Etelvino Vázquez. Teatro del Norte (1990). (Foto: Rafa Pérez).